piedras, éntrala dentro de casa y recíbela con los brazos abiertos.

Esto es, pues, avivar la fe e ir con su luz quitando el rebozo y la máscara a todas las cosas que se nos ofrecen en esta vida, y descubriéndoles la cara que tienen y lo que son a los ojos del verdadero Dios.

Séneca dijo (3) que acaecía de ordinario a los hombres que viven en este mundo lo que a los niños; porque a éstos, si les quieren asombrar y poner miedo, hacen que otro muchacho o criado, con quien suelen jugar y conversar, se ponga una máscara, con cuya vista comienza luego el niño a temer y llorar amargamente, pensando ser alguna cosa terrible y espantosa lo que se representa, no siendo más que otro muchacho como él, con máscara; y así el padre, para quitar el miedo al niño, llega y quita la máscara y sale a plaza el muchacho que estaba con ella escondido, y el niño se ríe y pierde el miedo, viendo que es otro muchacho, a quien él diera de bofetones si le conociera. Todo esto es de Séneca. Y así, aconseja a los hombres que quiten la máscara a las cosas que se les pueden ofrecer, aunque más se representen terribles y duras. Este quitar la máscara a todas las cosas que parecen ásperas, duras o de gran desprecio en esta vida—pero necesarias o convenientes para conseguir la eterna—, lo habemos de hacer con la mano de la fe: hallaremos que todo lo que se puede ofrecer consiste en aprehensiones y opiniones; y si pasa más adelante a tocar en obras, mirando con fe el socorro de la gracia y el premio eterno que el Señor tiene prometido a los justos que en Él esperan, parecerá todo nada.

§ 3

El mundo está loco.

Los pecadores que tienen muerta la luz de la fe no tienen cabal juicio y conocimiento de las cosas.

Nace esta falta de perfecto juicio de estar el hombre por el pecado, y por razón de los hábitos viciosos y pasiones de que está cercado, como loco y trastor-

(3) Epit. 24.

nado el seso. Los médicos, de ninguna señal tanto se aprovechan para conocer si un hombre está cuerdo o perturbado como mirarle a las obras que hace y a los dichos y sentimientos de las cosas. Si éstos son buenos y sanos, es cierto que tiene salud y buena disposición en el juicio; y si lesos y dañados, infaliblemente está enfermo.

En este argumento se fundó aquel gran filósofo Demócrito para probar a Hipócrates que todo el mundo estaba loco; y así, considerando este filósofo el juicio que tenía el mundo tan desvariado de las cosas, su vida era una continua risa, pareciéndole que este mundo no era más que una casa de locos, cuya vida era una comedia graciosa, representada para hacer reír a los hombres. Y la enfermedad y locura que a Demócrito era materia de risa, le era al otro filósofo, Heráclito, de sentimiento y de llanto. De la manera que cuando en una casa de familia, si está el hijo enfermo y desvariando, el padre y la madre lloran, y los criados, que no les toca, ríen los disparates que dice, así considero yo estos dos filósofos: el uno que amaba mucho a los hombres y sentía mucho su enfermedad, lloraba; y el otro que desde afuera la miraba, se reía.

Confírmase esta locura por los juicios tan varios y engañosos que tienen los mundanos de las cosas, los cuales nacen de los antojos de las pasiones de que todo el mundo anda tomado. Todos los filósofos naturales convienen en que las potencias con que se ha de hacer algún conocimiento han de estar sanas y limpias de las calidades del objeto que han de conocer; porque, si no, harán juicios muy varios y todos falsos. Finjamos, pues, cuatro hombres enfermos de los ojos, y que el uno tenga en el humor cristalino una gota de sangre empapada, y otro de cólera, y otro de flema y otro de melancolía. Si a éstos, no sabiendo ellos de su enfermedad, les pusiesen delante un pedazo de paño azul para que juzgasen del color verdadero que tenía, es cierto que el primero diría que era colorado, y el segundo amarillo, y el tercero blanco y el cuarto negro. Y si estas cuatro gotas de humores las pasamos a la lengua, y les diésemos a beber un jarro de agua, el uno diría que era dulce, el otro que amarga, el otro salada y el otro aceda. Ves aquí cuatro juicios diferentes en dos potencias, por razón de tener cada uno su enfermedad; y ninguno dió en

el blanco de la verdad. La misma razón y proporción se halla en las potencias interiores del alma, las cuales de ordinario juzgan según el humor predominante y pasión que en cada uno reina.

Por esta razón dijo Aristóteles que cual es cada uno, tal juicio tiene de las cosas; y del color que tiene el alma, corta también de vestir a las cosas que ama. El avariento juzga y tiene por Dios al dinero; el soberbio hace ídolo de la honra, y el carnal pone su bienaventuranza en el deleite. Todos éstos, aunque tienen ojos, no ven; y aunque tienen oídos, no oyen; y así se engañan, como tienen enfermo y leso el órgano del sentido interior. Y ésta es la causa que la apariencia contrahecha del bien la juzgan por bien verdadero; y el oro falso, por acendrado y fino; y la felicidad engañosa y aparente, por verdadera. Están embriagados con aquel vaso de vino de Babilonia, que de fuera está dorado y de dentro lleno de ponzoña (*Apoc.*, 17).

Ayuda el demonio también a este engañoso juicio, el cual, como es tan gran pintor, dibuja tan al vivo las figuras de las cosas del mundo, que, con no haber en ellas más de unas pinturas que no pasan de unas líneas desnudas, sobrepuestas en la superficie del bien, les hace creer que son figuras que tienen vida y ser y existencia de bien; como no sean más, como decía Platón, que unas sombras e imágenes contrahechas de los bienes verdaderos.

De estos principios y causas proviene la falsa opinión y estima que los hombres tienen de las cosas y la balanza engañosa con que las pesan, porque están tan estragados los órganos del perfecto juicio, tan embriagados y ciegos con las apariencias de los bienes de la tierra, que apenas hay quien juzgue las cosas como ellas son. Y ésta es la ocasión por que David (*Ps.* 61, 10) llama tan a boca llena a todos los hombres *mentirosos en sus balanzas,* como si dijera en sus juicios; porque todo es una continua mentira y error, juzgando las cosas que no son más que representación de felicidad, por la misma que es verdadera y eterna felicidad. Con razón dijo que son *pesos falsos,* en los cuales, si se pesa un punto de honra en una balanza y en otra el cielo, irá el cielo a lo alto y vendrá el punto al suelo; si en una un deleite, que es tan momentáneo, y en otra el huir del infierno, irá

la balanza de la eterna condenación tan alta, que se irá uno al infierno a trueque de no dejar su gusto.

Pues no quiere Dios que se pese con ese peso, sino con *el del santuario*; esto es, el de la fe, que es peso verdadero y fiel. Pésense aquí los bienes celestiales y temporales, y hallaremos que pesa más un grado de gracia y caridad que todo el mundo; un oprobio pasado por Jesucristo, que todas las honras de la tierra.

Cristo nuestro Redentor vino a poner precio a las cosas, y púsosele con su ejemplo y su doctrina. Vió esta plaza del mundo desde el cielo, y tantos mercaderes y negociantes en ella, y doliase mucho de ver tratar y contratar a los hombres en cosas de tan poca substancia, y que empleaban su caudal en mercancías vanas. Decía desde el cielo lo que en la tierra su profeta Isaías (55, 2): *¿Por qué pesáis plata para pagar lo que no son panes, y empleáis vuestro sudor y caudal en cosas que no os pueden dar hartura?* Y viendo que sus voces no bastaban, bajó a la plaza de este mundo, entróse entre estos mercaderes y, como más sabio y poderoso, comenzó a descubrir la bajeza de las mercaderías y los engaños y fraudes de los vendedores, y puso precio a cada cosa, muy contrario al que corría; porque dió gran baja a lo que estaba en grande estima, y a lo que estaba muy bajo le dió gran valor con su admirable enseñanza y santísima vida.

Pues para salir el hombre de todos estos engaños y falsas opiniones que ha concebido de las cosas con que el corazón está manchado, es necesario que despierte y avive la luz de la fe y verdad del Evangelio de Cristo, que está como muerta, la cual corrija y purifique de estos engaños, así los sentidos como la razón y desengañe al hombre. De la manera que sucede a un caminante que en una noche tenebrosa pierde el camino y tino juntamente, se entra a oscuras a dormir en una cueva hasta que le despierte a la mañana la luz del sol, y en despertando se halla junto a algún león o basilisco, y mirando por otra parte echa de ver que si pasara adelante dos pasos más, se despeñara donde por ventura se hiciera mil pedazos; todos estos peligros, que con la oscuridad y sueño no veía, le descubre la luz del sol, y él no se acaba de santiguar y admirar del peligro donde, sin advertirlo, estaba puesto: esto mismo pasa a los que, dormidos en profundo sueño de muerte, viven en este mundo, cuando les amanece y despierta la luz de la

fe, con que miran con otros ojos las cosas mundanas, y que todo era peligro de vida lo que uno tenía por felicidad, y que no eran verdaderamente bienes lo que él juzgaba, ni males lo que temía.

Esta luz de fe sana la vista del alma, quita las cataratas de los ojos, que son las pasiones que turban y ciegan la vista; y así tiene por propio efecto purificar y limpiar los ojos del corazón, para que mediante esta luz juzgue el hombre y con certidumbre discierna entre la verdad y mentira, y descubra las pinturas vanas que el demonio pinta, y rastree las vivas de la eternidad; y así hace que los hombres vivan en verdad. Todo esto es lo que quiso decir el profeta Abacuc, cuando dijo que *el justo vive de la fe.* Porque así como el pecador vive con los sueños e imaginaciones de las cosas, y se entretiene con las sombras que su locura representa, y así vive de la mentira, el justo, por el contrario, vive de la verdad de la fe y se sustenta, no con la apariencia del bien, sino con la medula y substancia de él, porque se sustenta con la fe, de la cual dijo San Pablo (*Hebr.*, 11, 2) que era *substancia* para distinguirla de los accidentes y sombras de que viven los mundanos.

Esta luz es *vida* al justo, porque así como de la falsa estimación que los pecadores tienen sacan engaños de muerte, así de la verdad de la fe saca el justo luz, que le es principio de vida, porque con ella les va quitando el rebozo que el mundo tiene puesto a las cosas y las descubre la cara y saca a luz el rostro que cada una tiene.

CAPITULO 11

QUIEN ESTÁ EN GRACIA SE HA DE CONSERVAR EN GRAN PUREZA DE VIDA, EVITANDO, CUANTO PUDIERE, PECADOS VENIALES

§ 1

Huir de faltas aun leves.

Con el fervor de la caridad y viveza de la fe que deben tener los que están en gracia, han de

purificar sus almas, y no permitir en ellas mancha de pecado, aun venial, que no procuren evitar, *andando dignamente delante de Dios,* como dice el Apóstol (*Colos.*, 1), *agradándole en todas las cosas.* Porque aunque se compadezcan con el estado de gracia los pecados veniales, deslustran y afean mucho al alma que los tiene; y así, quien ha sido hermoseado con esta hermosura, no sólo angélica, sino divina, no ha de permitir en sí la basura y asco de culpas veniales, por lo menos advertidas; al fin son ofensas de Dios, y esto debe tener temeroso de no caer en alguna, al que ama con ternura a Dios. «Este tal, dice Casiano (1), se asombra aun de una delicada ofensa de su Amor; y no sólo en todas sus obras, sino en sus palabras, está siempre muy atento, con una piedad atónita no se le entibie el fervor de su caridad.»

Por este cuidado y atención de no desagradar a Dios aun en las cosas más mínimas, nos pintó la Sagrada Escritura los hombres justos que están en gracia, en aquellos santos animales que estaban por todas partes llenos de ojos, así en las entrañas como en lo de fuera; porque deben los siervos de Dios estar velando en todas sus obras exteriores y movimientos interiores, no desdigan en cosa alguna, y falten al servicio divino, sino que remiren todo lo que hacen para que sea santo y perfecto, por mínimo que parezca.

Por esto dijo Salviano (2): «Queriendo el Salvador hacer a sus siervos de una perfecta y sincerísima santidad, les mandó con gran prudencia evitar aun las cosas muy pequeñas, para que fuera tan pura la vida del hombre cristiano como es pura la niña de los ojos: y como no admiten los ojos mancha de polvo, quedando salva la perfección de la vista, así también nuestra vida totalmente no permite mancha alguna.»

---

(1) *Collat.*, 11, cap. 13.
(2) *De Prov.*, lib. 3.

Esto es lo que alaba grandemente Dios en los Cantares (4, 7), del alma que está en gracia, que sea *toda hermosa*, y no tenga *mancha alguna*; y al contrario, le desagrada mucho cualquier mancha y falta en cosa tan hermosa como es un alma en gracia. Y así ha dado a entender con notables demostraciones lo que se disgusta de los pecados veniales, aun en los mayores santos. Basta por otros muchos ejemplos los que se enojó con Moisés y Aarón, con ser tan amigos de Dios y fieles siervos suyos (*Núm.*, 12); pues del santo Moisés dijo el mismo Señor que era el más fiel criado que tenía, y que hablaba con Él boca a boca, como un amigo con otro; con todo eso, por una falta que hicieron, al parecer muy ligera o ninguna, les privó de la entrada en la tierra de promisión, castigándoles con quitarles la vida (*Núm.*, 20). Notable pena para una culpa, que si no nos advirtiera el mismo Espíritu Santo que fué culpa, no lo conociéramos; y dejando Dios de castigar entonces con semejante rigor la murmuración y desconfianza de los demás israelitas, y otros pecados graves de aquella gente, por culpa tan ligera se ofendió tanto, que no bastaron toda la amistad, ni los servicios antiguos ni presentes, para aplacarle. Y siendo la oración de Moisés tan eficaz y acepta a Dios, que muchas veces alcanzó por ella perdón para innumerables hombres y de pecados gravísimos, no pudo para sí alcanzar perdón de la pena de su pecado, y porque se lo pidió a Dios, se enojó su Majestad con él, de modo, que no sólo no le rebajó la pena, sino le puso perpetuo silencio, diciéndole muy airado (*Deut.*, 3): *No me hables más de esto.* Tanto como esto quiere Dios a sus amigos puros y acrisolados, sin mancha, ni pecado advertido, por mínimo que sea.

§ 2

No abrir la puerta al pecado venial.

Toda circunspección es menester, porque si se abre la puerta para admitir con advertencia un pecado venial, se llenará el alma de ellos; y así se pide aquí con más razón, que no tenga ni una mancha para que no tenga manchas; que no cometa un pecado, porque no caiga en más.

Esto se significa en lo que sucedió a los israelitas en el desierto, cuando habiendo fabricado sólo un dios falso, exclamaron (*Exod.*, 3): *Estos son tus dioses, Israel.* Lo cual, considerando San Crisóstomo, dice: «Un becerro sólo fué fabricado, y aclama el pueblo desagradecido: *Estos son tus dioses. Estos dioses* dice, mirando a uno: ¿pues por qué dice *estos dioses?* Para mostrar, que no sólo adora al que ve, sino que también anuncia la multitud de dioses que tendrá»; porque adorando a uno, adoraría luego a muchos. Y es así, que torciendo en una cosa nuestro corazón para inclinarle a una criatura, se inclinará también a muchas, y faltando al respeto a Dios en una cosa, no parará en ella sola, sino que faltará en más, *añadiendo pecados a pecados*, como lo dice el Sabio (*Eccli.*, 3), y declara Fausto, monje, en la *Instrucción* que escribió *a los Monjes*, en la cual les encarga este punto como importantísimo: «De éstos, dice, que no haciendo caso de las primeras negligencias, caen siempre de unas en otras, dijo el Sabio (*Eccli.*, 3, 20): *El pecador añadirá más al pecar.* Veamos qué es esto de *añadir más al pecar.* Es, que si me empezare a combatir la pasión de cualquiera murmuración, si no tuviere luego dolor de este vicio, mañana me vendrá tanta facultad o fuerza para cometerle, y para decirlo así, tanta suavidad, que no me pueda apartar de él ni contenerme; y así

acontecerá, que aquel que al principio no se quiso enmendar, después ni quiera ni pueda. ¿Comencé a consentir en la soberbia? ¿Quebranté la regla? Si no me pesa luego, la violencia de la costumbre me arrebatará de un día en otro a hacerlo después de muy buena gana, y el ímpetu de la pasión hará que aún no entienda haber faltado, ni que sienta que he pecado; porque oscurece y hunde al entendimiento y sentido de la falta, la continuidad de faltar.»

Por esta causa mandó Dios a los hijos de Israel que le ofreciesen los primogénitos, y consagrasen las puertas y entradas de sus casas con la sangre del cordero, como nota San Gregorio Niseno, enseñándonos cómo hemos de ofrecer a Dios los primeros movimientos del corazón, cerrando la puerta a toda falta y pecado advertido. Porque, como dice Séneca: «No alcanzarás que cese, si le permitieres empezar. Debilitado es al principio todo afecto, pero pasando adelante, él se apresura, y mientras más pasa adelante, cobra fuerzas. Más presto se le cerrarán las puertas, que se echará de casa; y así, resistamos a la entrada, porque con mayor facilidad no se reciben, que se salen.» Claro está que andando cerrando las puertas a cosas menores, no podrán entrar las mayores; y si las abrimos a lo pequeño, entrará lo grande; y muchas veces podrá ser grande lo que nos pareció pequeño. San Agustín dice (3), que se arrojó Adán a comer del árbol vedado, por tenerlo por pecado venial. ¡Temblemos de todo pecado, no nos suceda esto alguna vez! ¡Terrible caso pensar ser pecado venial lo que fué el mayor pecado del mundo, cuanto al daño que causó!

No sólo son de temer los pecados veniales por su multitud, sino por ser disposición para los mortales, porque de las culpas menores se viene

(3) *De Civit.*, lib. 14, cap. 11.

a las mayores. Fecundísima cosa es la culpa, y cada una como semilla de otras. La simiente, siendo una pequeñita pepita o grano, viene a producir un árbol grande; así, de una pequeña falta suelen resultar muchas ramas de vicios, que llevan por fruto grandes pecados. A los principios se ha de resistir a la pasión desordenada; porque si se deja a su natural, lo que primero fué ligero afecto, pasa a ser viva pasión; y de pasión crece a perturbación; de ahí sube a desvergüenza.

De esta suerte viene poco a poco la hormiga a hacerse león. Es la culpa aquel monstruoso animal, que llama el Santo Job hormiga-león. «Como quisiese el grande Job, dice San Nilo (4), mostrar las asechanzas de los deseos y vicios, compuso un nombre del más atrevido de los animales, que es el león, y del animal más vil de todos, que es la hormiga; porque los ímpetus de los deseos comienzan de unos pensamientos pequeñísimos que, como las hormigas, van quedito arrastrando por tierra, y poco a poco crecen a tal grandeza, que como bravos leones son de espanto y peligro a cualquiera. Por lo cual conviene que como diestro luchador te tomes entonces a brazo partido con tu deseo, cuando allegando como hormiga trae cebo más pequeño, porque si te acomete cuando ya tiene la grandeza y fortaleza del león, con grandísima dificultad le vencerás.»

Hase de asolar todo desorden de la voluntad, y destruir todo vicio, pasando de carnales a espirituales, no disimulando en nosotros movimiento que no sea conforme al Espíritu Santo. De lo contrario, perdiendo el respeto a Dios en los pecados veniales, se perderá para cometer los mortales. Porque como enseña Santo Tomás (5), «el que peca venialmente en alguna cosa que de su

(4) In serm. ascetic.
(5) 1, 2, q. 88, art. 3.

género no es más que ligera culpa, deja de guardar el orden debido; de donde viene que acostumbra su voluntad a no sujetarse en las cosas menores al orden que se debe, por donde se dispone para que tampoco guarde su orden respecto del último fin, eligiendo hacer aquello que es pecado mortal». Y así concluye Cayetano: «De aquí tenemos cuánto se ha de recelar uno de hacer costumbre de pecados veniales, pues de tantas maneras y tan peligrosas disponen para el mortal. Por lo cual, con actos de contrición muy frecuentes, y no superficialmente hechos, cada uno de los pecados veniales por sus especies se ha de extinguir: porque estando habituados a ellos, no hallen las tentaciones al ánimo dispuesto próximamente para el pecado mortal» (*).

§ 3

Daños de los pecados veniales.

Importa unirnos con Dios en todo, no apartándonos de Él ni en la cosa más pequeña del mundo. «No sólo—dice San Juan Crisóstomo (6)—nos hemos de llegar a Cristo, sino pegarnos con Él, porque pereceremos si de Él nos apartamos. *Los que se alejan de Ti*—dice la Escritura—, *perecerán.* Hagámonos, pues, con Cristo y peguémonos a Él por los hechos y obras, porque el mismo Señor dice: *El que guarda mis mandamientos, ése se queda en Mí.* De muchas maneras nos une a sí. Considera cómo Él es la cabeza y nosotros el cuerpo: entre la cabeza y el cuerpo no ha de haber en medio alguna división. Él es el fundamento, nosotros el edificio; Él es la vid, nosotros los sarmientos. Todas estas cosas significan unidad, y no permiten que haya algún vacío en medio, por mínimo que sea. Por lo cual esto, que parece poco, no es poco; antes verdaderamente es casi todo; y así, cuando faltáremos un poco o fuéremos negligentes y pe-

(*) Véase B. Avila, Trat. 9 de la Eucaristía, sobre el pecado venial.
(6) Homil. 8 in 1, Epist. ad Corinth.

rezosos, no dejemos de hacer mucho caso de aquello poco.» No es poco, por cierto, un pecado venial, pues trae consigo muchos. Y multitud de cosas pequeñas no es cosa pequeña; porque un monte no es pequeño, aunque consta de menuditas arenitas. No es poco, por cierto, un pecado venial menospreciado, pues dispone para cosa tan grande como el mortal; una centellita de fuego despreciada suele ocasionar que se queme una casa. No es pequeño el pecado venial, pues nos va despegando de Cristo, pues es ofensa de Dios, que es infinito; pues los santos, que juzgaron bien de las cosas, lo tuvieron por grande mal.

Dañosísimos son los pecados veniales, porque aunque no quiten la vida al alma, quítanla las fuerzas, la salud, la hermosura, la limpieza, los buenos respetos; y no es poco mal estar enferma, y flaca, y fea, y asquerosa y ser descomedida con Dios; no la quitan la caridad, pero enfríanla y quítanla su fervor y la perfección que había de tener; desvíanla de su fin y del camino para él, impidiendo su aprovechamiento espiritual: oscurécenla y estorban el conocimiento de las cosas eternas; impiden el fervor de la oración; quitan la devoción y consuelo espiritual; estorban la perfección de las buenas obras, e impiden muchas con pérdida de muchos y grandes méritos y grados de gloria, que cualquiera de ellos vale más que millones de mundos; resisten al Espíritu Santo para que no entre tan liberal con sus inspiraciones en el alma, a la cual hacen que se detenga en el purgatorio antes de entrar en el cielo.

Considerando todo esto, San Efrén dice aquella sentencia, digna de considerarse (7): «Las pasiones se engendran en el alma de causas mínimas, y si no se destierran luego del corazón, brotan en un infinito desprecio de las cosas divinas y de la propia salvación.» Esto es de este prudentísimo Santo.

Temamos del grande veneno que pueden escupir tan pequeñas sabandijas. Tome el siervo de Dios el consejo que le da San Gregorio Nacianceno (8): «Guárdate inaccesible en palabra, obra, y vida, y pensamiento, y movimiento y cualquier impulso. Por todas partes te está atalayando el espíritu maligno, mirando dónde te herirá y sacará sangre, si te halla des-

(7) Serm. *Ascens.*
(8) Orat. 31.

nudo para ejecutar el golpe.» Y así, en todo y por todo hemos de estar prevenidos, no consintiendo culpa alguna, por pequeña que sea, ni disimulando afecto desordenado, aunque perdamos por ello vida, hacienda y honra. Con ser tan preciosa a los ojos del mundo la nobleza del linaje, sabiendo Santa Teresa de Jesús (9) que inquiría de la suya (aunque notoria) su provincial, le dijo con vivo sentimiento: «Padre, a mí me basta ser hija de la Iglesia católica, y más me pesaría haber hecho un pecado venial que ser descendiente de los más viles y bajos hombres del mundo.»

CAPITULO 12

SE HA DE PROCURAR CONSERVAR LA GRACIA CON LA PUREZA DEL CUERPO

§ 1

Porque el cuerpo del justo es templo de Dios.

A la pureza del alma, que debe procurarse para conservar la gracia, ha de ayudar la del cuerpo. Y así, dijo San Pedro Damiano: «El alma del hombre no está a propósito para el don de la gracia divina, si no es que primero esté seca de todo humor de gusto carnal.» Y San Crisóstomo dice (1): «La vida impura extingue el espíritu.» Más claramente lo dijo San Bruno (2): «Si no se apagare el fuego inferior, no podrá lucir el superior. La lujuria es el fuego inferior; pero el superior, ¿qué otra cosa es sino la gracia del Espíritu Santo?»

No sólo debemos a este soberano Espíritu, que recibimos cuando se nos infunde la gracia, hospedarle en alma santa, sino en cuerpo santo. La santidad del cuerpo ha de acompañar a la del

(9) F. Nic. a S. Joseph., *Histor.*, lib. 2, cap. 1, n. 12.
(1) Chrysost., homil. 1 in Priorem ad Thessal.
(2) Serm. 5, *De Conf.*

espíritu; y así como la santidad del alma es la gracia, así la santidad de la carne es la castidad y pureza, según hablan muchos Padres, y lo aprendieron del Apóstol, el cual dice a los cristianos que han recibido la gracia (1 *Thes.*, 4): *Sepa cada uno poseer el vaso de su cuerpo en santificación y honra, no con la pasión de su deseo, como lo hacen los gentiles, que no conocen a Dios.* Llama *santificación* y *honra* del cuerpo, guardarle puro y casto; así la castidad es *la santidad* de la carne y *la honra* del hombre.

La razón por que se han de esmerar hasta en la pureza corporal, sin hacer aun los menores pecados en esta materia los siervos fieles de Cristo, que están en gracia, da el mismo Apóstol, que es por hacerse, con la gracia recibida, templos del Espíritu Santo. Escribiendo a los ciudadanos de Corinto, dice (1 *Cor.*, 3, 17): *¿No sabéis cómo vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo que habita dentro de nosotros?* Y otra vez (6, 19) repite: *¿No sabéis que sois templo de Dios, y el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno violare el templo de Dios, el mismo Dios le destruirá.*

Cosa es para maravillar el cuidado que Dios puso en la hermosura y lindeza del Tabernáculo y después del templo. Toda la materia de que se había de hacer, y que había de servir en él, quiso que fuese escogida, limpia y preciosa: oro y plata, ricos brocados, hermosas telas, piedras preciosas, madera escogidísima, que era de Setin, muy estimada, incorruptible y limpísima; y no contento con eso, aunque era madera tan pura y rica, la mandó cubrir de oro. Demás de esto, tuvo particular cuidado para que no hubiese en todo él ni una mancha; y así, habiendo mandado hacer un candelero y velón con siete lámparas que ardiesen en él, ordenó que fuese todo de oro purísimo; y para que no se manchase, ni cayese una gota de aceite en el suelo o alguna pavesa

humease, lo previno con muchas vasijas y despabiladeras, todo con tanta curiosidad y aseo, que hasta los pábilos de las luces que se despabilaban quiso que se echasen en vasijas de oro purísimo; y para mayor limpieza, quiso que aquel aceite fuese preparado con varios olores y aromas. Fuera de esto, para que no se ensuciase el Tabernáculo ni cayese en él un poco de polvo; mandó hacerle una y otra cubierta, para cuando estaba armado, y después para cuando se deshacía; cada parte de él había de tener su cobertor para que no la pudiesen tocar con las manos. Toda la obra quiso que fuese tan prima y hermosa, que por sí mismo dió el Señor la traza, no sólo de palabra, sino después de haber instruído en ella al santo Moisés, le remitió al modelo y planta que de todo le mostró; y para que se ejecutase mejor, infundió milagrosamente arte y ciencia de ello a algunos oficiales.

Pues si para depositar la Ley fué menester tanto aparato, riqueza, aseo y limpieza, para recibir y conservar la gracia, ¿qué pureza será necesaria? Dos tablas de la Ley fué menester que se guardasen en un arca riquísima de madera incorruptible, y toda cubierta de oro, que es el metal más incorruptible y más precioso de todos: la gracia, que es la vida eterna, bien merece también guardarse en un cuerpo incorrupto y limpio, más precioso y puro que el oro. Toda esta lindeza y aseo tan limpio del Tabernáculo, nos dice cuán puro debe ser, aun en el cuerpo, quien quiere conservar en él al Espíritu Santo, y que para conservar su gracia, es menester mucha limpieza de cuerpo y alma.

Pues ¿qué diré del templo que mandó Dios a David dejase ordenado hiciese su hijo Salomón? Fué tan magnífico, tan rico, tan limpio y admirable, que si la Sagrada Escritura no nos lo dijera como verdad infalible, no se pudiera

creer (3). Los oficiales que continuamente se ocuparon en su fábrica por espacio de siete años, fueron más de doscientos mil, sin los sobrestantes y maestros, que fueron tres mil y seiscientos. Para mayor limpieza no se trabajó en su sitio, porque en él no se oyó martillada, ni ruido de escoda, sino en otra parte fuera de la ciudad, donde se labraron las piedras y madera. Era de mármol precioso, bruñido y muy pulido, todo limpísimo. Mandó fuera de esto que se cubriese de tablas de cedro, que es madera incorruptible, labradas de torno y escultura, para significar cuán puros y ajenos de corrupción de carne habían de ser los cuerpos de los que por gracia son templos del Espíritu Santo. No se contentó con esto, sino ordenó que aquellas mismas tablas se cubriesen de planchas de oro purísimo; hasta el mismo suelo, con ser de mármol muy bruñido y limpio, mandó cubrir de oro fino, también muy puro. De modo que el oro que se gastó en él, fué una cantidad espantosa: sólo lo que dejó allegado David para esta obra, sin lo que añadió Salomón, dice la Sagrada Escritura que fueron cien mil talentos de oro y un millón de talentos de plata, y según la cuenta más verosímil, era cada talento cosa de dos arrobas y media; de manera que vienen a ser doscientas y cincuenta mil arrobas de oro y de plata dos millones y medio de arrobas.

Las cosas que ordenó Dios para su limpieza son innumerables, porque en este género fué más de lo que se puede imaginar. Y con ser esto así, no le pareció a Salomón que era casa digna para Dios; y así, dijo (4): *¿Por ventura es creíble que habite Dios con los hombres en la tierra? Si el cielo y los cielos de los cielos no son capaces para Vos, Señor, ¿cuánto más incapaz será esta casa que he edificado?*

---

(3) 2 Reg., 5 et 6, et 2 Paral., 5.
(4) 2 Reg., 8, et 2 Paralip., 6.

Mire el que se acaba de confesar, en quién habita el mismo Espíritu Santo, qué puede decir, y cuán exquisita y grande pureza debe conservar en su carne, sin hacer pecado, aunque fuese el más pequeño en esta materia; cuán preciosa ha de ser la castidad de su cuerpo, que es el templo de Dios vivo. Aquel templo de Salomón fué sombra; él es la verdad. Aquel templo fué templo muerto; él es templo vivo. Aquel templo fué para guardar la ley, y *la letra que mata*, como dice el Apóstol; él es templo de la gracia y *del Espíritu Santo, que vivifica.* Mire con qué cuidado y rigor debe guardar una notable pureza de alma y cuerpo, no permitiendo ni pecado venial en su espíritu, ni movimiento sensual ilícito de su carne. Aprenda del rigor con que mandó Dios se guardase limpieza en todas las cosas que tocaban a aquel templo muerto, amenazando con pena capital de muerte, no sólo a los que contaminasen los vasos del santuario, pero aun el tocarlos y el mirarlos descubiertos.

En el libro de los Números se dice (4, 15): *No toquen a los vasos del santuario, porque no mueran.* Y luego se añade (4, 20): *En ninguna manera miren con curiosidad las cosas que están en el santuario, antes que se envuelvan, porque de otra manera morirán.* Y en el Levítico se dice: *Los que llegan al Señor santifíquense, porque no los hiera.* Para eso había tantos lavatorios y purificaciones. Pues si para llegarse corporalmente a aquel altar material del templo y otras partes interiores, se requería tanta pureza; para que el Señor se llegue al alma, y habite en ella, y tenga por templo su cuerpo, ¿qué pureza será necesaria?

El profeta Isaías dice (52, 11): *Lavaos los que lleváis los vasos del Señor.* Si llevar sólo, y tocar los vasos del Señor, requería pureza; para ser vaso vivo de Dios, ¿qué limpieza será razón que se procure?

Pues el modo con que habían de entrar los sacerdotes en el santuario, todo está representando limpieza, y significando la castidad de los que por la gracia están consagrados a Dios: porque no había de poner el sacerdote pie en aquel lugar, si no se lavase primero y vistiese de ciertas vestiduras muy limpias de lino blanquísimo. *No entrará en el Santuario,* dice la Sagrada Escritura hablando del sacerdote (*Lev.*, 16), *si no es que primero se vista de una túnica de lino, y se cubra con calzones de lino, y ciña con un cinto de lino, y ponga en su cabeza cidari de lino. Estas vestiduras son santas, con las cuales todas se vestirá después que estuviere lavado.* Todo había de ser de lino blanco, porque en todo ha de ser puro, y limpio y casto en quien ha entrado Dios; porque no es más entrar un hombre en el santuario, que entrar el Espíritu Santo en el hombre y hacerle su santuario.

Pues el alma que recibe a Dios en sí por gracia, se ha de lavar lo primero con lágrimas de verdadera penitencia y contrición, y con la sangre del Hijo de Dios que se le aplica en los Sacramentos donde están las fuentes del Salvador. Después se ha de vestir toda de lino blanco, esto es, que ha de conservar su cuerpo puro y casto, que es como una túnica del alma.

La vestidura de lino blanco significa con mucha propiedad la castidad. Porque el lino no nace de carne como la lana; y para venir a la limpieza y blancura que tiene, cuesta mucho trabajo y afán. Después de sembrado y regado y cogido y seco, lo vuelven a mojar y secar muchas veces; y luego lo macean con muchos golpes y lo deshacen; después lo rastrillan, lo hilan y curan al sol, secándolo y enjugándolo muchas veces; aun después de todo esto, es menester, para conservarlo limpio y blanco, lavarlo a menudo con jabones, lejías y coladas. De la misma manera la castidad ha de costar muchas diligencias y tra-

bajos de penitencias; muchos golpes de disciplina, deshaciéndose el hombre viejo; con cilicios se ha de rastrillar; con la oración a la luz del cielo se ha de beneficiar; y después de alcanzada, para conservarla no ha de haber descuido, sino que con fuertes lejías de ceniza, con humillaciones y penitencias se ha de sustentar: de manera, que tenga el cuerpo por ejercicio de virtudes, la limpieza y pureza que por su naturaleza no tiene.

§ 2

Porque el justo es miembro de Cristo.

Otra causa porque conviene a los que están en gracia conservar sus cuerpos *en la santificación y honor* de la castidad o continencia, es porque, como habla el Apóstol, se hacen miembros de Cristo, espejo de toda pureza y limpieza; y así, exhortando a la castidad, dice San Pablo (1 *Cor.*, 6, 15): *¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?* Esto es más que ser templos. Y si por ser el que está en gracia templo del Espíritu Santo, debe tener la pureza que hemos dicho, que en su comparación fuese sombra y horror toda la pureza y lindeza del tabernáculo y templo de Salomón, por ser miembro vivo del Hijo de Dios, ¿qué pureza conviene que tenga? Es purísimo Jesús, es castísimo; y así, quien se hace un cuerpo con él, ha de ser castísimo, purísimo, limpísimo.

Bien dijo Santo Tomás de Villanueva: «Todas las cosas quiere limpias el que es autor de pureza: eligió una madre muy limpia y purísima; amó más que a los demás al discípulo virgen; quiso ser envuelto en una sábana limpia y nueva; y en un sepulcro limpio donde nadie se había enterrado, quiso ser sepultado; de aquellos que son limpios de corazón es contemplado, y de

aquellos que son limpios de cuerpo es poseído.» Pues si aquello que solamente tocaba a su cuerpo, sin hacerse uno con él, quiso fuese limpio, ¿cómo podrá sufrir menos limpieza en el que se hace un cuerpo con el mismo Cristo por la gracia? El discípulo para amarle, el contemplativo para mirarle, el sepulcro para enterrarle, la sábana para envolverle, su madre para criarle, todo quiso fuese limpísimo; ¿cuán limpio debe ser el que se hace un cuerpo con la misma limpieza y pureza? Quien se hace miembro de carne tan casta como la del Hijo de Dios, castísimo debe ser.

Mucho es, por cierto, para considerar, cómo sujetándose Cristo a todas las penas y miserias de la naturaleza humana, no quiso que en su concepción y nacimiento, y las cosas que le tocaban, hubiese falta de pureza, en orden a lo cual atropelló con todas las leyes de naturaleza. No tuvo por cosa indigna de su persona tan notable humildad como arrodillarse a los pies de Judas, y ponerse en manos del demonio para ser llevado al pináculo del templo, y ser abofeteado y escupido su rostro santísimo, ser ajusticiado públicamente entre dos ladrones a título de blasfemo, traidor y alborotador del pueblo, y ser escarnecido de todos; pero no tuvo por conveniente que su Santísima Madre padeciese algún detrimento de su pureza, y en orden a esto violó los fueros más constantes de la naturaleza; no quiso nacer sino de Madre virgen, porque ama la pureza su cuerpo purísimo; y ahora en el cielo anda *acompañado de vírgenes*, como dice San Juan (*Apoc.*, 14).

Mire, pues, el cristiano, que ha recibido en su alma un ser tan divino y puro como el de la gracia, cómo ha de procurar que corresponda a ella la pureza de su carne. Considere quién está en su alma, que es el Espíritu Santo; ¡con qué pureza se debe conservar! Una pureza infinita

era necesaria. Atienda que se ha hecho parte del cuerpo purísimo del Salvador del mundo, *en quien los ángeles* más puros *se miran*, y trátese puro, como quien es parte de la misma pureza; guarde en su alma toda limpieza, y en su cuerpo rara castidad, si quiere guardar la gracia, que es purísima, y detener en sí al Espíritu Santo, que es limpísimo, y quedarse unido con Cristo nuestro Redentor, que es castísimo. Tiemble de todos pecados, por mínimos que sean, que manchan al alma. Tiemble principalmente de los de carne, que manchan alma y cuerpo. No hay pecados por los cuales se haya perdido más presto ni más veces, ni se conserve menos la gracia que por éstos; y así he querido con particularidad advertir el peligro que hay en ellos, para que esmerándose un cristiano en no faltar en esta parte, asegure más su gracia, y viva más conforme a la dignidad de la misma gracia y limpieza del Espíritu Santo, cuyo templo se hace; y según la pureza de Jesucristo, en cuyo cuerpo se incorpora. Si para que el Hijo de Dios estuviese nueve meses en las entrañas de su Madre Santísima, fué menester que Ella fuese virgen y más pura que los ángeles, claro está que te conviene gran pureza, para que el Espíritu Santo esté en ti eternamente, y seas uno con Cristo, sin apartarte de Él jamás.

CAPITULO 13

CÓMO SE PUEDE CONOCER QUE UNO ESTÁ EN GRACIA, Y CUÁNTO DEBEMOS PROCURAR HACER CIERTA NUESTRA PREDESTINACIÓN

§ 1

Señales de estar en gracia.

Con todo este cuidado ha de andar el siervo de Dios nuestro Señor para conservar la gracia, y asegurarse en ella, cumpliendo lo que nos amonesta el apóstol San Pedro (2 *Petr.*, 1): *Hermanos, andad más ansiosos de hacer por medio de buenas obras cierta vuestra vocación y elección; porque haciendo esto, no pecaréis alguna vez, y así se os franquee ahora abundantemente la entrada al reino de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.* Este consejo del apóstol San Pedro es de gran consuelo para el alma, y juntamente de grandísimo provecho. ¿Qué consuelo del mundo puede igualar a lo que es certificarse uno que obrando bien, ayudado del favor divino estará en gracia, y que podrá asegurar su predestinación? Bien tan grande como la amistad de Dios y la elección eterna al reino de los cielos, no es para dejar de darnos cuidado: un punto más que pueda el cristiano asegurar su gracia y salvación, lo ha de hacer si tiene juicio, aunque le costase todos los trabajos del mundo.

De procurar esto se seguirán dos provechos muy notables, fuera de la paz y gozo espiritual, que vendrá al alma, con la mayor certificación de bien tan grande: el uno es, que no hará jamás pecado mortal; porque obrando siempre bien y mejor, no pecará mortalmente, y así asegura su salvación; y el otro, que irá aumentando sus

merecimientos con la continuación de buenas obras, con que tendrá más copiosa gloria en el reino de Jesucristo.

Digamos, pues, cómo podrá uno llegar a certificarse que está en gracia. Para lo cual se ha de suponer la doctrina de graves doctores, fundada en las letras sagradas y Santos Padres de la Iglesia, y es, que aunque uno, si no es con especial revelación, no puede saber *con certidumbre de fe*, ni con evidencia ni infalibilidad total, que está en gracia—lo cual nos conviene mucho para estar siempre humildes—, *con certidumbre moral* puede uno llegar a entender con mucha humildad que está en amistad y gracia de Dios, como se colige de algunos lugares de la Sagrada Escritura, y de lo que dicen San Ambrosio, San Cipriano, San Cirilo, San Agustín, San León, San Gregorio Magno y San Bernardo, y largamente lo prueba el Padre Francisco Suárez (1). El mismo San Pablo dice, que *estaba cierto* que no le apartaría ninguna cosa de la caridad de Dios, y lo mismo es de la gracia. Esto dijo no teniendo revelación de su predestinación, como sienten San Juan Crisóstomo y San Gregorio, sino por otras circunstancias que le daban satisfacción y alguna certeza, que aunque no evidente, es de gran consuelo.

Verdaderamente no es de poca consideración esta certidumbre moral, y más si fuese la que según prudencia excluye duda y sospecha de falsedad, como cuando uno está cierto de una cosa después que se lo han certificado muchos testigos dignos de gran crédito, y mayores de toda excepción, sin que ocurra razón probable de sospecha contraria.

1. Supuesto esto, las *señales* por donde se pue-

---

(1) Suárez, *De Gratia*, lib. 9; Soto, *De nat. et grat.*, cap. 10; *Apología contra Cather*, cap. 2; Valencia, t. 2, disp. 8, q. 5, par. 4; Vega, lib. 9, cap. 46; Granados, in 1, 2, *De Gratia*, tr. 11, disp. 6.

de colegir que tiene un alma gracia y los bienes que trae consigo, nos las significó el real profeta David, como advierte Alejandro de Alés en el salmo cuarto, cuando después de aquella pregunta: *¿Quién nos mostrará los bienes?*, esto es, los bienes verdaderos, que es la gracia, porque en ella están todos los bienes temporales necesarios que con ella se suelen dar, y ella trae los espirituales, y la misma gracia vale por todos los bienes; luego añade *tres* cosas con que da a entender cuáles han de ser las señales que nos mostrarán en nuestra alma las riquezas de la gracia. La primera es cuando dice: *Señalada está sobre nosotros la luz de tu rostro.* La segunda cuando dice: *Le diste alegría a mi corazón.* La tercera cuando dice: *En paz dormiré y descansaré.* De donde colige aqueste sabio Doctor que la luz superior de desengaños, la alegría espiritual de la buena conciencia y la paz verdadera del alma, son señales de que está uno en gracia. Estas tres cosas corresponden a tres particulares facultades del alma, que perfeccionan y ordenan: la luz a la parte racional, la alegría a la concupiscible, la paz a la irascible.

Pues *cuando,* sin tener conciencia de pecado mortal que se haya dejado de confesar, *está la razón y verdad en su punto* con la luz de fe, que no se deja engañar de los sentidos, ni tiene estimación de lo temporal, sino que juzga por nada todo bien caduco de la tierra, y teniendo el alma propio conocimiento de sí, conoce su vileza y se desprecia como merece, y tiene digna estimación de los bienes espirituales y eternos, en cuya contemplación se ocupa de buena gana, teniendo grande y continuo cuidado de la oración; *cuando se alegra en Dios sólo* y en él tiene puesto su deseo y gusto, no amando cosa criada sino al Criador, y a lo demás por Él, teniendo en todas cosas pureza de intención, deseando y buscando únicamente lo gloria de Dios; *cuando tiene paz*

en las adversidades, no se enoja contra los que le agravian, no aborrece sino al pecado, cuyo odio ha sentido con larga experiencia, de manera que no ha caído en él por mucho tiempo, y está con resolución firmísima de padecer todos los males posibles antes que cometer una culpa; entonces puede haber alguna certidumbre que tal alma está en gracia.

2. A estos tres puntos de la *luz sobrenatural, alegría espiritual, paz santa*, se vienen a reducir otras señales, que más en particular especifican los santos, para que uno esté en gracia.

San León dice (2): «El que desea saber si por ventura está en él Dios, de quien se dice: *Admirable es Dios en sus santos*; escudriñe lo interior de su corazón con sincero examen, y haga sagaz inquisición, con qué humildad resiste a la soberbia, con qué benevolencia contradice a la envidia, cómo no se deja halagar de las lenguas de los aduladores, cuánto se huelga con los bienes ajenos, si por el mal que ha recibido no desea volver mal, y quiere antes olvidarse de muchas injurias que borrar la imagen y semejanza de su Criador, que con beneficios generales convida a todos para que le conozcan, y *llueve sobre los justos e injustos, y hace que nazca el sol para buenos y malos*; y porque no se canse la consideración de la discreción solícita, mire en lo escondido de su alma si está la madre de todas las virtudes, que es la caridad, y si hallare en sí intensamente el amor de Dios y del prójimo de todo su corazón, de manera que desee para sus enemigos lo mismo que desea para sí; quien fuere de esta manera, no dude que habita en él Dios y le rige.» Todo esto es de San León (3).

Y con la misma resolución dice San Bernardo: «Así como conocemos la vida del cuerpo por su

(2) Serm. 8, *De Epiph.*
(3) Serm. 2, *Resur.*

movimiento, así también la vida de la fe se conoce por las obras buenas. La vida del cuerpo es el alma, por la cual se mueve y siente: la vida de la fe es la caridad, porque obra por ella, como en el Apóstol se lee (*Galat.*, 2): *La fe obra por el amor*. Por lo cual, resfriándose la caridad muere la fe, como muere el cuerpo apartándose el alma. Pues si tú vieses algún hombre extremado en obras buenas, y alegre en el fervor de vida, no dudes sino que en él está viva la fe, teniendo indubitables argumentos de su vida»; esto es, de la vida espiritual de la gracia, de la cual habla el Santo.—En otro sermón, dando las señales de la predestinación, dice (4): «Que haya venido sobre uno nuevo espíritu, lo testifica certísimamente el nuevo modo de vida; y porque lo diga brevemente, tener *testimonio de la sangre y agua y espíritu*, como habla San Juan, es si te contienes de pecar, y si haces frutos dignos de penitencia, si haces obras de vida. De manera, que el no pecar, el hacer penitencia, el obrar siempre virtuosamente, da San Bernardo por señales que está en uno el Espíritu Santo y su gracia.

San Gregorio dice (5): «El alma que se llena del Espíritu Santo, tiene sus señales muy evidentes, conviene a saber: las virtudes y la humildad; las cuales dos cosas si concurren en un alma, es cosa clara que trae consigo testimonio de la presencia del Espíritu Santo. Si bien estas señales de San Gregorio no las podrá conocer quien las tiene sino otros; porque aunque otras virtudes las suele conocer quien las tiene, la humildad se le encubre, y por humilde que sea, no entiende que lo es.

San Crisóstomo dice (6): «Esta señal hay que tenemos a Cristo, y que el Espíritu Santo está en nosotros, cuando nuestros cuerpos están de ma-

(4) Serm. 2, *De Octav. Pasch.*, in fin.
(5) *Diálog.*, lib. 1.
(6) Homil. 8 in Rom., 6, 4.

nera que no se diferencian de aquellos cuerpos que están cerrados en los sepulcros.» La perfecta mortificación da este Santo por señal de la gracia de Dios, cuando está uno tan muerto a las cosas del mundo, y al sentido y apetitos de la carne, como los mismos difuntos, teniéndole sin vida mundana la sepultura de la mortificación y vida cristiana que debemos vivir después del bautismo o del Sacramento de la Penitencia. Y así, dice San Ambrosio (7): «El bautismo de Cristo, y lo mismo se ha de decir de la Penitencia, es para nosotros sepultura en que hemos de morir para los pecados y sepultarnos para las culpas, y resolviéndose la conciencia del hombre viejo, nos reparamos en otro nacimiento. Grande es la gracia de esta sepultura en la cual se nos da una muerte vital y una vida más vital. Grande, pues, es la gracia de esta sepultura, la cual purifica al pecador y vivifica al que muere.»

San Agustín (8) da con San León la caridad por señas de la gracia, y así dice: «Nadie pregunte a otro hombre; cada uno vuelva a mirar su corazón, y si ve que tiene la caridad fraterna, esté seguro que *ha pasado de la muerte a la vida*»; la cual vida es la gracia. Esta señal es conforme a lo que dice el evangelista San Juan, y se ha de entender cuando la caridad del prójimo es verdadera y nace de amor de Dios, al cual acompañan otras condiciones que le siguen: si tiene el alma el afecto interior puesto en Dios continuamente, y esto ha sido mucho tiempo con propósito eficaz de nunca ofenderle, con oración continua, ejercicios de obras santas, y frecuente uso de los Sacramentos, como es el de la Penitencia, confesando los pecados veniales con gran dolor, procurando tanta contrición de ellos como si fuesen pecados mortales, y también si frecuenta la Eucaristía con diligente preparación y de-

(7) Serm. 51.
(8) Tract. 5 in cap. 1 Joan.

voción: «Verdaderamente, dice el doctísimo y devoto teólogo Padre Suárez, consideradas todas estas cosas, no poco puede crecer el conocimiento y certeza moral de la gracia.»

§ 2

No cometer pecado.

He querido poner estas sentencias de los Santos para que vea el estimador de la gracia cómo no se debe contentar con una vida ordinaria, si quiere asegurar tan incomparable bien. Consuélese con que podría llegar a esta prudente y moral certeza de estado tan dichoso; pero humíllese y no se satisfaga ni se contente con poco. Aliéntese a vivir tan dignamente como es la dignidad de la gracia, que entonces podrá entender con humildad que está en ella.

Muchos dicen: No sé qué me haría por asegurarme que estoy en gracia; hiciera cualquiera cosa del mundo porque fuera cierto estar en amistad de Dios.

Por cierto, con mucha razón, y todo fuera poco por un bien tan sobre otro bien. Mil vidas se han de dar por él. Los santos nos avisan qué debe hacer el cristiano para asegurarse de lo que con tanta razón se ha de desear. Mucha perfección piden, pero mucho es por lo que lo piden. No dejemos de hacer cosa por tener con alguna certidumbre lo que es sobre todas las cosas de este mundo. Con el uso devoto de los Sacramentos, con santas obras de virtud, con varonil victoria de las tentaciones, con sumo desprecio del mundo, con perfecta mortificación de los sentidos, con trato continuo de oración, con paciencia constante de los trabajos, con odio eterno al pecado, con ardiente amor de Dios y del prójimo, *haremos cierta nuestra vocación y elección*, esto es, nuestra gracia y predestinación. Bien es éste incomparable, y así en su comparación no se ha de perdonar a trabajo ni cosa alguna.

Si mil años nos costara comer por onzas, y andar con las rodillas desnudas por espinas y abrojos, y padecer cada día que con tenazas hechas ascuas nos sacasen los bocados de nuestras carnes y ser descoyun-

tados todos los miembros y artejos de nuestro cuerpo, todo lo habíamos de llevar y tener por poco, a trueque de asegurar un punto más la gracia y salvación. Alégrese el cristiano que sin tanto rigor lo puede conseguir. No ha menester ser atenaceado ni descoyuntado; con más suavidad se puede hacer predestinado y escogido para la corona de gloria. No sé cómo puede sosegar y vivir contento quien oyendo a San Pedro que puede *hacer cierta la vocación* a la gracia y *la elección* a la gloria, puede parar hasta asegurarse en cosa de tanta importancia. No sé cómo puede vivir el cristiano sin ponerse en aquel estado y perfección de vida en que tenga la certidumbre que le es posible de su gracia.

Obre cada uno bien y con santas obras *haga cierta su elección,* como aconseja San Pedro e hizo aquel monje de quien escribe Ludolfo (9) que habiéndole dicho un compañero suyo le había Dios revelado que era del número de los que se habían de condenar, él respondió: Bendito sea Dios por todo; yo no desesperaré con todo eso, sino que de aquí adelante doblaré la penitencia y la tresdoblaré hasta que halle misericordia y gracia con Dios, que es Padre piadosísimo. Después de algunos días tuvo su compañero revelación verdadera, cómo aquel monje se había de salvar y que era predestinado. Semejante confianza y ánimo hemos de tener de obrar siempre bien, y mejor cada día, dejando a Dios hacer, que Él tendrá cuenta con nuestra salvación y no nos dejará de remunerar las buenas obras que hiciéremos.

Esta cuenta de este santo monje ha de hacer todo cristiano. No lo que refiere Cesáreo (10) que hacía el landgrave Ludovico, el cual, viviendo con libertad y reprendido por ello, decía temerariamente: Si estoy predestinado, ningunos pecados me podrán quitar que no vaya al cielo; y si soy precito, ningunas buenas obras me podrán dar el cielo. Pero estando después gravemente enfermo, llamó a un médico que le curase, el cual, queriendo curar su alma antes que el cuerpo, le dijo: Señor, si ha venido vuestro día en que habéis de morir, no os podrá librar mi medicina de la muerte; y si no habéis de morir, no es necesaria mi arte: no hay que curaros. Replicó el enfermo: ¿Cómo res-

(9) Cartujano, *Vita Christi,* p. 2, cap. 50

(10) *Hist.,* lib. 1, cap. 27.

pondéis así? Porque si no me curáis, podré morir antes. Entonces el médico, reconviniéndole prudentemente, dijo: Pues cómo, señor, si entendéis que vuestra vida se puede alargar, y cobrar vos salud por la virtud de los medicamentos, ¿por qué no queréis entender lo mismo de la penitencia y obras de justicia, que son medicamentos del alma? Sin estas cosas morirá el alma, y nunca llegará a la salud y salvación eterna. Con esto cayó en la cuenta aquel hombre engañado, agradeciendo al médico que por su lengua le había Dios sacado de tan grande error.

A propósito de semejantes hombres, responde también el doctísimo Padre Gregorio Valencia (11): «*Si eres predestinado,* has de obrar bien, porque Dios vió de antemano que habías de obrar bien; y si no obras bien, señal es que no eres predestinado; y así, para que hagas *cierta* tu predestinación, obra bien. Esto es lo que quiere San Pedro, cuando dijo: *Andad solícitos de hacer cierta vuestra vocación y elección por buenas obras. Y si no eres predestinado,* sino réprobo y señalado para ir al infierno, la causa es porque obrarás mal. Pues para que no sea verdad que no eres predestinado, vive santamente en todo tiempo, porque, finalmente, no partas de esta vida cargado de pecados; cosa que puede acontecer en toda hora; porque no podrás acabar mal la vida y condenarte si siempre vivieres bien.»

Por lo cual debe uno hacerse siempre este discurso y animarse con él a ser más santo, y obrar más excelentes actos de virtud. Aquel es predestinado, que cooperando con la gracia divina muere últimamente sin pecado mortal; y no hay ningún reprobado que no sea el que, cuando muera, estuviere en pecado mortal. Pues como cada hora no esté uno cierto si ha de ser el fin de la vida, y menos cierto sea si pecando ahora haya de hacer después penitencia, cobrando por ella la gracia perdida, me tengo de abstener, como puedo con el favor divino, de todo pecado mortal, para que, haciéndolo así, pueda siempre entender con más probabilidad que soy del número de los predestinados; porque no me hallará la muerte con pecados graves si siempre me abstuviere de ellos. Y aunque totalmente no esté cierto cómo me ha de coger la muerte, y deba temer no me coja en pecado, conviene animarme gran-

(11) 1 p., q. 23, disput. 1, punct. 4.

demente a servir a Dios; con lo cual lo que me es incierto y pende de mí, con el favor de Dios lo puedo yo hacer cierto con efecto, viviendo siempre bien; porque es cosa certísima que no moriré en pecado, y, por consiguiente, que seré predestinado si siempre viviere bien.

De esta manera está en la potestad y arbitrio de todo hombre, ayudado de la divina gracia, el salvarse y hacer que venga a ser de los predestinados; porque si quiere siempre cooperar con la gracia de Dios hasta la muerte, como puede y debe, es y será predestinado; y si no quiere, no lo será; porque Dios predestina para la gloria a los que se han de aprovechar de su gracia, y aquéllos son réprobos que no querrán cooperar con ella.

CAPITULO 14

«TEN LO QUE TIENES»

§ 1

Acerca de las señales que hemos dicho del estado de gracia, se ha de advertir que sólo han de servir para quedar uno con confianza para obrar mejor, no para presumir, porque con esto vendría a obrar peor. Siempre hemos de hacer lo que aconseja el Apóstol (*Filip.*, 2, 12): *Con temor y temblor obrad vuestra salvación.* Y en otra parte dice (*Rom.*, 11, 20): *Tú que estás en fe, no quieras presumir altamente, pero teme.* La causa de este temor es porque la certidumbre que se puede tener de estar en gracia no es evidente; y también porque no sabe uno lo que será adelante; ¿qué sabe si perderá la gracia que tiene? Confiemos en Dios, y consolémonos; no presumamos, sino humillémonos. Oigamos lo que nos dice San Juan (2 *Jn.*): *Mirad por vosotros mismos, no perdáis lo que habéis obrado.*

No podrá ninguno estar más cierto de que está

en gracia que aquel Obispo de Filadelfia, que dicen fué San Cuadrato, al cual reveló Dios, por medio de su Evangelista San Juan, que estaba en gracia, y prometió fuera de eso que le había de guardar en la hora de la tentación; con todo eso le encarga que tenga lo que tiene, esto es, que guarde su gracia (1): *Ten lo que tienes,* dice el Señor, *para que nadie reciba tu corona.* Son estas palabras muy dignas de considerar y de traerlas a la memoria. El que está en gracia, téngala, no la pierda.

Lo primero se debe considerar que sólo la gracia se puede *tener*, y no lo demás; porque sólo es privilegio de aqueste don, que el que le tiene él solo le puede guardar sin dependencia de otro hombre nacido. Porque los demás bienes no está sólo en la mano de su poseedor tenerlos, pues el ladrón te los puede quitar aunque tú no quieras, o la desgracia los podrá acabar, o la muerte te podrá a ti apartar de ellos, y así hacer que no los tengas: porque ni el conservarlos a ellos, ni tu misma vida está en tu mano. Sólo la gracia es de tal condición, que está en tu mano solamente tenerla, y aunque te falte la vida, no te faltará ella si tú no quieres. Bien diferente es de todos los demás bienes de la tierra perecederos, que se acaban con la vida; la gracia no. Y en cuanto vivieres, no está sujeta al ladrón, ni al injuriador, ni a la desgracia, ni al tiempo, ni al demonio. *Ten,* pues, *la gracia, y tendrás lo que tienes,* porque a ella sola tienes y a ella sólo puedes tener, pues ella sola depende de ti sólo, y ella sólo es de momento.

Ten, pues, *lo que tienes,* y mira qué tienes con la gracia: tienes ser más que toda la naturaleza; tienes un ser divino; tienes ser más hermoso que los cielos; tienes ser hijo del Altísimo; tienes ser amigo de Dios; tienes la vida eterna; tienes los

(1) Juxta Aureolum, Liranum et Tirinum. Apoc., 3.

bienes necesarios para lo temporal; tienes verdadera hermosura; tienes al Espíritu Santo dentro de ti; tienes más que el mundo, y tienes todo lo que se puede tener en el mundo. Cosas son éstas para tenidas, para no dejártelas sacar de las manos. Mira, pues, lo que tienes, y tenlo diligentemente.

Lo segundo se ha de considerar la razón que dió nuestro Redentor, por qué has de tener lo que tienes; la cual es, *porque no reciba otro tu corona.* No pensemos que hemos de coger a Dios por necesidad, como que no tuviera muchos con que llenar el reino de los cielos. Si tú le faltas y no quisieres salvarte, tiene muchos en quien escoger y depositar sus dones. Si tú no te aprovechas de sus gracias, te las quitará y dará a quien se aproveche con ellas, y se salve en tu lugar. No nos da su gracia para que estemos ociosos, sino para que la logremos, y obremos con ella, y la doblemos y multipliquemos. Bien sabe un rey, cuando un ministro suyo no satisface a su oficio, privarle de él y poner otro en su lugar: y un discreto padre de familias, cuando un criado no da buena cuenta de lo que le ha encomendado, lo despide de su casa y recibe otro más diligente. No es Dios menos cuidadoso y prudente dispensador. Si no empleas la gracia y no procuras la gloria para la cual te escogió, llamará a otro, que en vez tuya le sirva y se salve, y a ti te dé con la puerta en los ojos, y todo lo que a ti te concedió te lo quitará por tu flojedad, y se lo dará a otro que sea más pronto en su servicio.

Aquel siervo que recibió el talento y no le empleó, fué privado de él; y lo que tenía, se lo dieron al que tuvo mayor diligencia. Aprovéchate del favor que Dios te ha hecho, de haber puesto primero en ti sus divinos ojos, de haberte escogido para su gracia antes que a otros; pero si no eres con ella solícito, otros muchos le quedan a quien dársela; y puedes temer no sean los últi-

mos llamados a la gracia los primeros en la gloria, y los primeros vengan a ser postreros. Tengamos, pues, lo que tenemos, porque no reciba otro nuestra corona.

Es mucho para notar lo que advierten los santos y enseña Santo Tomás (2): «Que no permite Dios que caigan algunos, sin que levante otros en su lugar.» Ricardo Victorino dice (3): «Como Dios tiene determinado el número de los suyos, cuando uno cae en culpa, otro se sustituye por él. En lugar de los ángeles que cayeron, sustituyó los hombres. En lugar del pueblo hebreo, que no conoció a su Redentor, escogió al pueblo gentil. En vez de Saúl, eligió a David. Por un apóstol que cayó, levantó a un ladrón. Cuando se perdió Pelagio, hizo santo a Agustino. Si desdijo Tertuliano, convirtió a Cipriano. La pérdida de Rufino, se reparó en Jerónimo. En lugar de uno de los cuarenta mártires que faltó a la gracia y a la confesión de la fe, puso luego en su lugar uno de los guardas. Faltó en el martirio Sapricio, y Nicéforo murió luego por Cristo.

En nuestros siglos, innumerables faltaron en el Septentrión a la fe, y en lugar suyo llamó Dios infinitas almas que se han convertido en una y otra India. Y así, se dice de Dios en el libro de Job (34, 24): *Derribará muchos e innumerables y hará que estén en el lugar de ellos otros tantos.* No le faltarán a Dios escogidos. Si a unos arroja de sí por su culpa y negligencia, a otros llama y trae a sí con su misericordia. Por grande santo que llegue a ser uno, si no corresponde a la gracia recibida podrá perderlo todo, y el Espíritu Santo que habitaba en él, sabrá buscar mejor morada.

Hermosísimo era aquel árbol de Nabucodonosor, grande y alto que henchía la tierra, y cuyas hojas eran muy hermosas y el fruto copioso, en

---

(2) 1, 2, q. 23, art. 9, ad 1.
(3) In cap. 3 Apoc.

que se significaba, como dice Ricardo (4), un grande justo; con todo eso se mandó cortar por secreta soberbia. De árbol tan grande y hermoso faltó Dios, pero vémosle hablando con Moisés en una zarza humilde y escabrosa. No piensen los altos cedros que son necesarios a Dios, porque en un espino sabrá poner su asiento. Nadie presuma con la gracia recibida, sino procure obrar con temor su salvación. Tenga lo que tiene con humildad, porque no reciba el más humilde su corona.

«Aliméntese con esto, dice San Gregorio (5), la esperanza de los humildes, y reprímase la altivez de los soberbios; pues aquestos pueden perder los bienes porque se engríen, y aquéllos pueden recibir lo que por no tenerlo son despreciados. Temamos, pues, de las cosas que hemos recibido, y no menospreciemos a aquellos que aún no las han conseguido. Lo que somos hoy, conocémoslo; pero no sabemos lo que podremos ser de aquí a poco; y por ventura aquellos que despreciamos podrán empezar tarde, pero adelantarse mucho a nuestra vida con el mayor fervor y solicitud. Débese temer mucho que, cayendo nosotros, no se levante aquel que fué escarnecido de nosotros mismos cuando estábamos en pie, si bien ya no sabe estar en su estado el que supo reírse del que no estaba levantado.» Todo esto es de San Gregorio.

§ 2

¡No reciba otro tu corona!

Obremos con humildad de tal manera, que no obliguemos a Dios que eche la mano de otro, y que la corona que se fabricó para nosotros le venga mejor al

(4) *De Erudit. inter homin.*, lib. 2, cap. 13.
(5) *Moral.*, lib. 25, cap. 8.

vecino. ¿Quién no tiembla de hacer un pecado, pues puede ser que, en haciéndole, no use Dios más con él de misericordia y escoja a otro para la vida, dejándole a él en eterna muerte, dando a quien menos pensabas la corona que tenía para ti aparejada? Sabe que tiene Dios determinado el número de tus pecados, y a tantos podrás llegar que pases el número en que había determinado de disimular contigo y no traspasar a otro lo que te quería dar.

Tiembla de lo que dice el Señor por el profeta Amós, que a Damasco, y Gaza, y Tiro y Edón había de sufrir tres maldades, pero no cuatro; porque al cuarto pecado, sin remedio alguno había de usar de todo rigor. ¿Qué sabe el pecador si el pecado que de nuevo va a hacer es el cuarto para él? Si fuese el último que había Dios determinado de sufrirle, ¿qué sería? No tiene nadie que arrojarse a pecar, presumiendo de la misericordia divina; porque aunque es verdad que es Dios misericordiosísimo, pero contados tiene tus pecados, y puede ser que te haya perdonado mil y que después no te perdone uno, y ése bastará para condenarte. Teme no sea que ese pecado, que de nuevo te arrojas a hacer, sea aquel en que consista tu condenación, por el cual se ha de dar a otro tu lugar en el cielo.

Queriendo Dios castigar a los amorreos y echarlos de su tierra, escogió en lugar de ellos a los israelitas; pero aguardó hasta que cumpliesen el número de sus pecados, señalado por su divina sabiduría para no disimularlos más, y así dijo a Abraham que la causa por que no le daba desde luego para sus hijos la tierra prometida, era porque no se habían cumplido aún las maldades de los amorreos; mas en cumpliéndose, fueron desechados de Dios y puestos en su tierra los israelitas. ¿Qué sabes cuando se cumplirán tus maldades? No cometas nuevo pecado, porque no sabes si ha de ser el término y consumación de tus maldades para que seas condenado eternamente y otro sea el que se salve en tu lugar. *Ten fuertemente lo que tienes, por que no reciba otro tu corona.* Corre, y, como exhorta el Apóstol, *corre de tal manera que la cojas.*

¡Oh, qué confusión será la tuya el día del juicio, si vieses en el cielo a aquel que llamó Dios a su gracia porque tú no la supiste guardar, y que otro es predestinado, habiéndolo de ser tú, porque fué elegido en lugar tuyo! Confusión eterna será que habiendo

tú sido favorecido de Dios en ser llamado primero y antepuesto en la vocación, se te haya antepuesto otro en la elección por culpa tuya, y goce de tu corona; porque estará en el cielo por ti y porque de tus buenas obras no te holgarás tú, sino él. Porque, como dice Santo Tomás (6): El que es sustituído en lugar de otro al estado de la gracia, recibe también la corona de aquel que cayó, por cuanto se ha de holgar en la vida eterna de los bienes que el otro hizo; porque en la gloria se holgará uno, no sólo de las buenas obras que hizo, sino de las que hicieron otros. ¡Oh, qué gran desdicha sería que de tus ayunos, tus vigilias, tus limosnas; tus penitencias, no hayas de gozarte tú, sino otro que te llevó la corona, habiendo tú llevado el trabajo y la delantera, y que los pasos que diste en el servicio de Dios hayan sido para quien no conocías! ¡*Ten lo que tienes, no te arrebate otro la corona*, y de todas tus buenas obras te quedes tú vacías las manos! *Ten lo que tienes*, procurando lograr la gracia recibida y aumentarla cuando puedas. Con esto harás que no pierdas los méritos antiguos, y que dobles otros nuevos; porque a los siervos diligentes que granjearon con sus talentos les subieron a mayores e hicieron nuevas mercedes. *Ten lo que tienes*, porque *al que tiene se le dará*—dice el Salvador—, *y al que no tiene, aquello mismo que parece que tiene, se le quitará*. Si conservas la gracia, aumentándola se te dará mayor; y si no la tienes conservándola, no se te dará cosa mayor; y aquello que parece que tenías, que son los merecimientos antiguos, también se te quitarán y se darán a otros; porque tú no gozarás de ellos, pero gozarse ha quien cogió tu lugar y se puso tu corona.

---

(6) 1 p., q. 23, art. 6, ad 1.

CAPITULO 15

LAS SEÑALES DE QUE UNO HA DE MORIR EN GRACIA Y LO QUE SE DEBE HACER EN SALUD PARA ESTO

§ 1

Importancia de esta materia.

Hemos dicho (c. 13) las señales que dan los Santos para entender que uno *está en gracia*: digamos también de las que señalan para conocer que *ha de perseverar y morir en la misma gracia*, que es todo lo que debe desear y pretender el cristiano. De camino diremos los medios de la perseverancia, porque las mismas cosas que son indicios de una buena muerte en estado de gracia, son medio para lo mismo.

El morir en gracia es bien tan grande, que habiendo revelado Dios a San Francisco que él había de ser uno de los que habían de alcanzar aquella dicha, todo lleno de gozo y contento que no le cabía en el corazón, decía a voces: «¡Mi Dios sea alabado, a Él sea la honra y la gloria sin fin!» Y por ocho días continuos quedó tan ocupado de este gozo, y arrebatado del pensamiento de nueva tan dichosa, que no podía hablar ni pensar en otra cosa; aun las horas canónicas no podía rezar, teniendo esto sólo en la boca y repitiéndolo infinitas veces: «¡El Señor sea alabado; el Señor sea alabado!» Con tanto júbilo y alegría de su espíritu se regocijaba de su buena suerte; y con mucha razón por cierto, porque no hay otra cosa de que alegrarse más, como dijo el Salvador del mundo a sus discípulos, cuando venían muy contentos de los milagros que habían hecho, hasta obedecerles los demonios: mas el Señor les dijo, que no era aque-